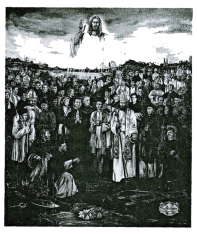
BIBLIOTECA MARCEL·LÍ DOMINGO
Recull de premsa local i comarcal

San Francisco Gil de Fedrich

Primer tortosino canonizado



CLEMENTE ZELADORE DEL REZYT
ANDRES DENG LUC, PRESBITERO
THOMASM THUEN
H JOAQUIN GIL FEDRIG, LAIC
GIROLAMO HERMOSILLA
VALENTIN HERRERA ORTIZ, O.P.
E ALTRI 6 VENTI
TOMASM LÉZIARD,
PRESBITERO O.P.
E 103 COMPAGNI MARTIRI

BEATIFICATI IL 19 GIUGNO 1988 - PIAZZA S. PIETRO, ROMA MARIANO

El que en el programa de las fiestas de N. S. de la Cinta de este año de 1988, se recuerde la canonizacion del tortosino Francisco Gil de Fedrich, ha de ser motivo de doblado jubilo, por santo y por tortosino.

El noble apellido de los Gil de Fedrich ya figura en los anales de la historia de Tortosa, por lo menos, desde el siglo XVII porque su nombre campea en gestas militares en defensa de la religión y de la patria. Pero el honor más grande de esta familia estará siempre unido al de Francisco Gil de Fedrich y Sans, misionero en el Ton kin, martirizado en aras de la fe en 1745 y proclamado Santo en 1988.

Nació Francisco en Tortosa, el año 1702, en la casa solariega de la calle Ancha, que hoy lleva el nombre de Gil de Fedrich. Las raíces, pues, de nuestro Santo, están en Tortosa, en su comarca, en su ambiente.

EL P. Lorenzo Galmés, uno de sus biógrafos, también dominico, que ha estudiado a fondo cuanto ha podido encontrar sobre Fray Francisco Gil de Fedrich, contempla esas raíces bajo tres aspectos: la Tortosa que llamaríamos material-ambiental, su familia de auténtica alcurnia y la influencia de los PP. Dominicos y de sus instituciones en Tortosa.

Gil de Fedrich, como todas las personas, tuvo las influencias del medio ambiente, las de su familia y la de las personas que debía tratar: de su padre, Antonio Gil de Fedrich, aprendió el sentido del honor, de servicio, y un respeto tremendo para sus superiores y al mismo tiempo, el de una inflexibilidad cuando se trataba de seguir los caminos de Dios.

De su madre Inés Sans, heredó el sentimiento, la delicadeza y una exquisitez personal que hasta los mismos paganos, durante los años de misión tuvieron de reconocer que se trataba de un caso impresionante que a ellos les desorientaba, porque no podían más que admirarlo.

Su temple se forjó en el carácter emprendedor de las gentes de Tortosa y su vocación misionera el trato y el ejemplo de los PP. Dominicos.

Ya de jovencito se sintió inclinado al estado religioso y tomó el hábito de dominico a los quince años de edad en el convento de la Orden de Barcelona.

Por su constancia en el estudio de la teología y otras ciencias y la observancia escrupolosa de la regla monástica, pronto se vislumbró en él un talento poco común, llegando a alcanzar puestos de responsabilidad dentro de la Orden Dominica. Incluso fué nombrado miembro de la Real Academia de las Buenas Letras de Barcelona.

En el discurso de ingreso en la citada Real Academia, que aun lo conservan, ya se vislumbra al hombre preclaro y pensador. De una manera sencilla y con un estilo muy personal presenta a Cristo trabajador y se sirua en una auténtica teología del trabajo, cuando entonces, ni se podía pensar en ella. Sale al encuentro de la disputa sobre si la vida contemplativa tenía que excluir el trabajar por aquello de dedicarse más a la oración. Gil de Fedrich se encuentra en una corriente de mucha trascendencia entonces, que consistía en defender el trabajo como una ley humana además de divina.

El quería ser misionero. Su vocación y su actividad apostólica eran de tal calidad humana y con tan entrañable fundamento cristiano que sus superiores le concedieron permiso para ir a misiones y se embarcó para Filipinas el año 1730.

No se explica que se lanzase a la aventura de ir a tierras de misión, un hombre que tenía un puesto de honor en la Orden, que era considerado y distinguido. No tiene otra explicación más que el querer seguir la llamada de Dios. Cuando llegó el momento lo dejó todo. El pensar en aquel tiempo tener que navegar muchos meses asustaba y solo los que como Gil de Fedrich comprendían que el mar era un camino, se atrevían a embarcarse confiando en la Providencia. Aun teniendo el sentido del riesgo no le preocupó lo más mínimo. Cruzó el Atlántico, las tierras de Méjico y el temible Pacífico hasta llegar a Manila.

Al principio fue destinado a la provincia de Pangasinan donde estuvo dos años. Después pidió ir a las misiones de Tun-Kin a donde llegó en agosto de 1735. Aprendió su idioma y sus costumbres para instruir mejor a sus fieles.

Sobre Gil de Fedrich, se dice que el día 3 de agosto de 1737, fue asaltada su casa por un grupo de infieles en Luc-Thuy, y hecho prisionero.

Apesar de estar tan lejos de su patria y de su familia, Gil de Fedrich no dejó nunca de sentirse tortosino. No fue un desarraigado; fue un transfigurado. No fue a europizar ni a latinizar, fue a cristianizar. Fue a hacerse uno más de la misión sin dejar de ser lo que era y sin renunciar a nada.

Todo lo que había asimilado y recibido en Tortosa y en Barcelona lo llevó a la tierra de misión con toda la fuerza de captación y de cultura y lo traspasó a los nativos del Vietnam.

Allí aprendió el chino y el tonquinés. En una palabra: se hizo vietnamita entre los vietnamitas. Y según el P. Galmés, dice que fue un auténtico técnico en asuntos de aquel país.

Su comportamiento fue lo que más llamaba la atención de los nuevos cristianos, sobre todo a los jóvenes que fueron los que años después testificaron sobre su martirio.

Todo esto es para que nos demos cuentas de lo que significó para la Iglesia y para la Orden dominicana el comportamiento de este hijo de Tortosa, portador de un espíritu cristiano y catalán a aquellas lejanas tierras, de que es mucho más grande de lo que a simple vista puede parecer.

En una relación sobre la vida de Francisco Gil de Fedrich escrita hace cien años por O'Callaghan, cuenta que el día 3 de agosto de 1737, fue asaltada su casa por un grupo de infieles en Luc-Thuy y hecho prisionero.

Fray Francisco fue llevado al mandarín de la provincia y de allí al Supremo Consejo de la Corte. Un viaje que duró diez días que fueron agotadores por estar enfermo y con fiebre.

Estuvo preso y encadenado durante ocho años. Parecía que todo se conjuraba para hacer decaer su espíritu, mas todo fue en vano.

Las cadenas que llevaba causaron tal estrago en sus tobillos que apenas podía andar, de modo que le permitieron trasladarse a casa de uno de sus bienhechores para atender a su curación y durante ese tiempo se falló la causa condenándole a ser degollado.

No puede explicarse a cuantas pruebas le sometieron para ver si flaqueaba su fe, pero su constancia inalterable fue la misma admiración de los jueces idólatras que le habían condenado.

En la cárcel le visitaban a todas horas los cristianos quienes recibían los mayores consuelos. Bautizaba a niños y a adultos, confesaba a cuantos se lo pedían.

Llegó el día 22 de enero de 1745 y se ejecutó la sentencia siendo decapitado junto a otro dominico, el P. Mateo Alonso de Leziniana, que había compartido un tiempo el tormento de la prisión con Gil de Fedrich. Aquel día, poco antes del alba concelebraron la Eucaristía por última vez en la misma cárcel preparándose para el martirio.

Las cartas que dejó escritas Francisco Gil de Fedrich dirigidas a su tío el P. Ildefonso Sans, también dominico, dice el P. Galmés: «que son muy elocuentes y que suponen tres etapas clave en su vida misionera: la primera el momento en que embarca para el Ton-Kin desde Manila. La segunda, muy pocos años antes de ser encarcelado cuando cuenta sus primeras experiencias misioneras y la tercera se refiere a un año antes de su muerte, que ya lleva siete años encarcelado y que él mismo reconoce que está cansado y que le faltan pocos meses para ser decapitado».

Todo lo que pasó Fray Francisco Gil de Fedrich parece increíble, pero puede asegurarse que todo lo que se dice está basado en los textos más auténticos y seguros, como son los interrogatorios de los testigos y por otros escritos dirigidos al superior Provincial.

Gil de Fedrich influyó mucho en la tarea evangilizadora en el Ton-Kin, iniciada en el siglo XVI, que se consolidó más tarde con las primeras vicarias apostólicas.

Actualmente en todo el Vietnam hay unos seis millones de católicos, que equivale a un diez por ciento de la población.

Este resultado se debe al hecho de los primeros misioneros que inculcaron la semilla de la fe, mezclada después con la sangre de muchos mártires tanto del clero nativo como el forástreo y de muchos cristianos. Se calcula que en el período entre 1625 al 1886 se firmaron cincuenta y tres edictos de muerte contra los cristianos y en esos 261 años unas 130.000 personas en todo el territorio fueron muertas y martirizadas por el solo hecho de ser cristianos. Muchísimos fueron enterrados de forma anónima pero su recuerdo permanece vivo en la Iglesia.

Entre los 117 mártires del Vietnam canonizados por el Papa Juan Pablo II el pasado 19 de junio, figura el nombre de San Francisco Gil de Fedrich, cuyos restos fueron trasladados el día 26 de enero de 1745 a Luc-Thuy siendo sepultados en la misma casa donde se le prendió. Mas a los pocos días a instancia de todo el pueblo los trasladaron a la iglesia de dicha población.

Ahora la Iglesia tortosina y universal podrá dar culto a un hijo suyo que ha alcanzado la palma del martirio y el honor de los santos. Y si buscamos alguno entre los grandes, que no desmerezca en nada, ese es nuestro San Francisco Gil de Fedrich.

(Mantenemos el original por deseo expreso del autor)

Mariano Jover Flix

Font: biblioteca.tortosa.cat